Capítulo 2

La fe que confía en el Creador

¿Por qué debemos creer en el Creador?

Muchas personas piensan que, si tan solo creen en alguna religión, esa fe les ayudará de alguna manera vaga. Sin embargo, según en quién y cómo se crea, el resultado puede ser completamente diferente.

Este libro pretende dirigir la fe de los lectores hacia el Creador. Porque nuestra ayuda viene del Creador.

En la Biblia está escrito: «Alzo mis ojos a los montes; ¿de dónde vendrá mi socorro? Mi socorro viene de Jehová, que hizo los cielos y la tierra» (Salmos 121:1, 2).

La Biblia nos enseña cómo fueron creados esta tierra en la que vivimos, el universo y todas las cosas que hay en ellos, y cómo viven. Por lo tanto, las criaturas que provienen del Creador deben conocer a Aquel que les dio la vida y que todavía hoy se la sigue dando.

Pablo escribió lo siguiente acerca del Creador en quien creía y a quien predicaba:

«El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitara de algo, pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas. Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos y los límites de su habitación, para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarlo, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros, porque en él vivimos, nos movemos y somos» (Hechos 17:24-28).

Este mundo fue creado por la palabra de Dios (véase Génesis 1; Juan 1:1-3). Todavía hoy, cuando el ser humano enfermo por el pecado recibe la palabra de Dios, se produce una recreación en el cuerpo y en la mente; la Biblia nos transmite precisamente ese evangelio.

El cuerpo y la mente están conectados entre sí. Por eso la salud y la fe también están conectadas. Se puede ver en cómo Jesús vino a esta tierra y sanó a los enfermos. La obra de sanidad que Jesús realizó es una lección objetiva que muestra cómo el cuerpo se recupera cuando el enfermo cree en la palabra de Jesús, quien da la vida de la creación.

Todos los órganos del cuerpo humano actúan según las señales que envía la mente. Por lo tanto, la enfermedad debe ser gobernada por el cuerpo, el cuerpo debe ser gobernado por la mente, y la mente debe ser gobernada por la palabra de Dios; recibir esa palabra en la mente es lo que se llama fe.

La mente es la capital y el puesto de mando del cuerpo, y controla a la persona entera. Ya sea bueno o malo, todas nuestras acciones provienen de la mente. Además, el órgano con el que adoramos a Dios y nos comunicamos con los seres celestiales también es la mente. Sin embargo, parece que muchas personas viven sin conocer bien la importancia de la mente.

Dentro del cuerpo humano hay una ciencia que la persona debe conocer necesariamente, y en el cuerpo humano, maravillosamente creado, hay una ciencia misteriosa que el mundo material no puede comprender del todo.

Dios es quien obra mediante las leyes de la naturaleza y también quien gobierna las leyes de la naturaleza. Por eso, cuando se produce un contacto de fe con Él, ocurre una obra sobrenatural que no puede comprenderse con los conceptos humanos de tiempo y espacio. ❖

La palabra de Dios está viva y tiene poder vivificante.

En la Biblia están registrados muchos casos de personas sanadas por Jesús. Jesús sanó a los enfermos únicamente con su palabra. Consideremos uno de esos casos.

En Juan capítulo 5, Jesús sanó a un paralítico que llevaba 38 años enfermo. ¿Cómo lo sanó? Simplemente dijo: «Levántate, toma tu lecho y anda» (Juan 5:8). La fe de aquel enfermo se aferró firmemente a esa palabra. En ese momento todos los nervios y músculos revivieron con nueva vida, y las piernas que no podían caminar pudieron andar. En cuanto él decidió en su mente no dudar y obedecer el mandato de Jesús, todos sus músculos respondieron a esa voluntad. Se puso de pie sobre sus dos piernas y sintió que podía moverse. Creyó en la palabra de Jesús y, al actuar conforme a esa palabra, recibió fuerza.

Jesús no le dio ninguna garantía acerca de la ayuda de Dios. Aquel hombre podría haberse detenido, dudado y perdido la única oportunidad de sanar. Pero creyó en la palabra de Jesús y, al obedecerla y actuar, recibió fuerza.

Todas las palabras de Dios contienen su poder, por lo que cuando una persona recibe la palabra de Dios con fe, recibe el poder para hacer tal como Él dijo, y esa palabra se hace realidad. En la Biblia se dice: «Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve» (Hebreos 11:1).

Esta es la ciencia de la creación. Y este es el misterioso poder de la creación que se puede experimentar, pero no explicar.

Dios es quien trasciende el tiempo y el espacio, y sigue obrando hoy.

Aún hoy, cuando los enfermos obedecen las leyes de vida saludable que da el Creador presentado en este libro y encuentran a Jesús mediante la Biblia, se produce la misma sanación registrada en la Biblia; a veces de manera milagrosa y a veces de manera gradual, van recuperándose.

Encontrar a Jesús, como afirman algunos cristianos, no es encontrarlo mediante sueños o visiones, ni mediante una voz que se oye en los oídos. Jesús, que desde el principio era el Verbo, y ese Verbo se hizo carne y vino a esta tierra hace dos mil años, después de la cruz resucitó y ascendió, y viene a nosotros mediante otro Consolador, es decir, el Espíritu Santo de verdad. La verdad es la palabra de Dios.

Después de la ascensión de Jesús, hoy encontramos a Jesús mediante la palabra, y cuando mediante esta palabra entramos en contacto con la vida de Dios, se produce la misma obra de creación. Este proceso puede variar según la experiencia personal, pero cuando leemos la Biblia o escuchamos un sermón, cuando buscamos a Dios de todo corazón y oramos, cuando mediante la naturaleza conocemos que Dios vive, creemos en Dios el Creador y obedecemos las leyes de Dios, cuando damos gracias y alabanza a Dios, cuando meditamos profundamente en la cruz, comprendemos el amor de Dios y se produce arrepentimiento, dondequiera que obra el Espíritu Santo de verdad, se está produciendo el mismo poder de recreación.

¡Pero cuántas personas no están recibiendo esta buena noticia! Personas como Judas Iscariote y los fariseos, que conocieron directamente a Jesucristo, el Verbo hecho carne que vino a esta tierra, oyeron directamente su palabra y estuvieron en el lugar donde se manifestaba el poder de esa palabra, también abundan hoy.

Mediante el siguiente testimonio podremos creer que la obra de Dios, que sigue vivo hoy, se realiza mediante la palabra.

Soy Lee ○○, un hombre de 48 años que vive en Banpo-dong, Seocho-gu, Seúl. Esta enfermedad, que padezco desde los 27 años, fue diagnosticada en varios hospitales, como el Centro Médico Kyunghee y la Universidad Hanyang, como una enfermedad incurable llamada "artrosis degenerativa". Es una enfermedad en la que el cartílago entre las articulaciones se desgasta y desaparece, y es una enfermedad terrible que conlleva un dolor que no se puede expresar con palabras. A una edad temprana, no podía ni ir al baño y tenía que quedarme acostado en la habitación. Probé toda clase de medicamentos que decían ser buenos. Visité a todos los médicos famosos. Pero los medicamentos que esos médicos recetaban eran analgésicos que aliviaban el dolor en cada momento. Con esos medicamentos viví 20 años.

Mientras tanto, hace 10 años me operaron del codo del brazo derecho, cortándolo y poniéndome una articulación artificial, y allí desapareció el dolor,

pero las demás partes seguían doliendo y vivía a base de medicamentos. Sin embargo, el cuerpo empeoraba cada vez más. La articulación que mueve la mandíbula me dolía y no podía masticar la comida, y se produjo una inflamación en la raíz de los dientes, por lo que se me cayeron todos los dientes inferiores.

Por eso, actualmente vivo con dentadura postiza en la parte inferior. Y entre las articulaciones se formaban bultos, se torcían, se encorvaban y dolían, de modo que no podía soportarlo. Y el sufrimiento mental, no menor que el dolor físico, era aún más intenso.

Yo era el hijo mayor entre siete hermanos, y estaba siendo un mal hijo con mis ancianos padres; y sentía tanta pena por mi esposa, que consumía su juventud y sufría por culpa de este marido indigno, que mi corazón sufría aún más. Realmente era una vida que no podía ni morir. Lo único que hacía era comer la comida que me preparaban cada día, tomar analgésicos y, acostado en la habitación, ver la televisión. Los niños iban a la escuela, mi esposa iba al trabajo, y yo, en una casa vacía todo el día, moría día tras día física y mentalmente. No quería ver a la gente, no quería hablar y no quería vivir.

Cuando mi espíritu estaba tan seco como podía estarlo y mi situación tan angustiosa como podía estarlo, llegué a este centro de retiro Betel por la presentación de mi cuarto hermano menor. Vine por la insistencia de mi hermano y de mi esposa, pero dudaba entre creer y no creer que una enfermedad así pudiera sanar. Si había una esperanza, aunque fuera como un hilo, creo que era el deseo de buscar a Dios, por la experiencia de haber asistido un poco a la iglesia en el pasado.

En la madrugada del 2 de abril de 2003, al llegar a Betel, había una conferencia matutina. En cuanto abrí la puerta de la iglesia y entré, sentí la calidez de ser abrazado en el seno de Dios y mi corazón comenzó a tranquilizarse. La conferencia de la directora Choi Cha-sun caía sobre mi espíritu seco como una lluvia suave y refrescante. Era como si Dios me dijera: "Ven acá, ¿por qué has venido solo ahora?". Aunque era una voz que llegaba a través de una persona, esa voz penetró en mi pecho como la palabra que Jesús me hablaba claramente.

Allí me arrodillé ante Dios. Hice una oración ferviente: "Jesús, yo, que estaba a punto de morir porque era demasiado difícil, he venido así ante ti. Ya que he venido, moriré ante ti. Recibe este cuerpo", pero mi corazón seguía pesado y la carga sobre mis hombros no se aliviaba.

Las dificultades económicas que cargaba por no haber podido trabajar durante mucho tiempo, la carga que venía de no haber cumplido con mi deber hacia mis padres, mis hermanos, mi esposa y mis hijos, el sentimiento de culpa por ser un ser humano inútil que solo causaba molestias a los demás... La desesperación y la frustración indecibles seguían presionando pesadamente mis hombros. Siguiendo la recomendación de la directora de dejar los medicamentos, los dejé, pero debido al dolor no podía conciliar el sueño, así que por las noches salía y me sentaba en el sofá y pasaba la noche en vela; y aunque el paciente que dormía a mi lado me masajeaba, el dolor no desaparecía.

El cuarto día desde que llegué al centro de retiro Betel era sábado. Aquel culto, armonizado con los sonidos de alabanza llenos de gracia y las oraciones y testimonios de los enfermos que suplicaban fervientemente la ayuda de Dios, fue un culto que experimentaba por primera vez en mi vida.

Durante el tiempo del sermón, la directora leyó Mateo 11:28. «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar». En el momento en que oí esta palabra, sentí que mi mente se iluminaba de repente. "Sí, es cierto. Dejemos mi carga. ¿No dice que dejemos nuestra carga y descansemos? Sí, dejemos esta carga mía. Descansemos."

Al decidirlo así, todas las cargas acumuladas pasaron por mi mente.

¡Dónde había estado alguien que dijera que tomaría todas estas cargas y que las dejara y descansara! No había nadie que pudiera recibir esta carga. Yo estaba a punto de derrumbarme porque todas estas cargas eran demasiado pesadas. Pero Jesús dijo que dejara esa carga.

Él era quien podía llevar mi carga. Esa palabra llegó a mis oídos como esperanza.

"¡Gracias, Jesús! De verdad gracias. ¡Jesús!" En ese momento sentí que el pecho me iba a estallar.

Se produjo un júbilo, una alegría, un arrepentimiento y una contrición que no se pueden expresar con palabras. Por estas emociones sentí que el corazón se me bloqueaba por completo. Sin darme cuenta, caí al suelo de la iglesia y lloré amargamente. Si en ese momento me hubiera aguantado sin llorar, quizá el corazón se me habría reventado.

Después de llorar hasta saciarme, mi corazón se volvió muy ligero. Me sentí tan cómodo que el pecho quedó casi vacío. A partir de entonces, comprendí por qué la palabra de Dios era tan dulce como la miel; antes de entregarle mis cargas a Él, siempre oraba interiormente pidiendo que me sanara la enfermedad, pero ahora, como creía que ya me había sanado, esa oración ya no era necesaria. Y brotaron de mí oraciones de gratitud al Señor que había tomado todas esas cargas.

Aquel sábado por la tarde se produjo un cambio asombroso en mi cuerpo. Tenía tantas ganas de leer la palabra de Dios que estaba leyendo un libro, y el dolor en mi muñeca comenzó a disminuir poco a poco. Mientras leía el libro, no supe en qué momento el dolor comenzó a desaparecer. Al llegar la tarde, moví la muñeca y no me dolía en absoluto.

Al día siguiente, domingo por la mañana, durante el tiempo de trabajo manual, fui al campo con los pacientes y cavé con la pala para plantar verduras, y no sentí ningún dolor. Al día siguiente también cavé un surco completo del campo y no hubo ningún problema. Como estaba haciendo dieta de frutas, tenía poca fuerza, pero moverme no era diferente de las personas normales. Debido a que la quinta vértebra se había salido y sobresalía, las piernas me dolían y caminar era muy incómodo, pero como no me dolía en absoluto, me toqué la espalda y la vértebra que sobresalía había vuelto casi por completo a su lugar normal.

Todas las enfermedades fueron sanadas. Durante ese tiempo conocí a muchos médicos famosos en esta enfermedad, pero todos decían que el cartílago no se

regenera. Sin embargo, actualmente vivo saludablemente. Creo que el Dios que me creó recreó mi cartílago. Solo el brazo derecho, que fue operado hace 10 años para insertarle cartílago artificial, no mejoró más y todavía ahora, al escribir este texto, siento una gran incomodidad.

Ahora quiero entregar todas las cargas a Jesús y vivir obedeciendo solamente la palabra de Jesús. Actualmente soy muy feliz.

Sin embargo, hay un deseo que tengo y por el cual estoy orando ahora. "Padre Dios, que me amaste y sanaste mi enfermedad, te ruego que permitas las condiciones para que mi amada esposa, que Dios me dio, pueda salir ante ti. Ella hizo un sacrificio demasiado grande por mí. Si la próxima vez no la encuentro en la casa de Dios, yo tampoco quiero estar allí. Jesús, haz que ella salga ante ti de cualquier manera. Amén."

Doy gracias a nuestro Dios, que es verdaderamente digno de gratitud, y escribo este testimonio porque quiero dar a conocer a este buen Dios a otras personas también.

Ahora quiero entregar todas las cargas a Jesús y vivir obedeciendo solamente la palabra de Jesús.

Todas las palabras de la Biblia son para nosotros hoy. Para que las promesas de la Biblia sean mías, debo aferrarme a esa palabra con la mano de la fe.

Este paciente se recuperó porque encontró con fe la palabra de vida, que es el poder de la creación. Sin embargo, mediante el testimonio de este paciente, el autor descubrió un hecho asombroso. Dice: "Solo el brazo derecho, que fue operado hace 10 años para insertarle cartílago artificial, no mejoró más y todavía ahora, al escribir este texto, siento una gran incomodidad". ¿Por qué fue así? Este cartílago artificial no respondió a la palabra de Dios porque no fue hecho por Dios. Pero las demás partes enfermas sí se recuperaron.

Hay que saber que toda la naturaleza está conectada con el poder sobrenatural de Dios. Cuando mediante la experiencia personal se obtiene el conocimiento de Dios y de su palabra, se comprende la ciencia de la naturaleza.

Cuando la palabra de vida, que creó todas las cosas con el poder de la palabra, llega al corazón humano, obra mediante el amor; y se llegará a saber que ese amor obra en todo el cuerpo como vida de la creación.

Nuestra fe debe ser fe en la palabra. Cuando creemos en la palabra de Dios, lo que Él dijo se hace realidad.

«El amor que Cristo imparte a todo el cuerpo es una especie de fuerza vital, y toca con su mano sanadora todas las partes vitales, como el cerebro, el corazón y los nervios. Por medio de él se despiertan y actúan las más altas facultades de la persona. Libera al alma del sentimiento de culpa, la tristeza, la angustia y la preocupación que destruyen las fuerzas vitales. Con ello vienen la paz y la serenidad. Implanta en el alma un gozo que ninguna cosa mundana puede destruir, el gozo que hay en el Espíritu Santo, el gozo que da salud y da vida.» — *Mente, carácter y personalidad* del cristiano, 250 ❖